

Cuando el franquismo perdió a su “inteligencia”. Heterodoxia y pasividad en la Universidad de 1949.

M. Ortiz Heras
Damián A. González Madrid
Universidad de Castilla–La Mancha¹

Uno de los temas más fructíferos en la historiografía sobre el franquismo más reciente está siendo el de las actitudes de los españoles ante la dictadura². Efectivamente, después de años en los que se obviaba el asunto, se admitió la existencia de un cierto consenso por parte de un sector más o menos amplio de la sociedad civil con respecto al *Nuevo Estado*³. La longevidad del dictador permitió una lógica *periodización* a partir de la cual se han podido ver comportamientos evolutivos en muchos ciudadanos entre las dos gamas extremas de apoyo o abierta oposición. Asimismo, la disidencia ha sido ampliamente explorada y, al margen de contadas posturas heroicas, se han descrito itinerarios en los que han surgido posiciones que también suponían un claro rechazo aunque fuera privado y de escasa repercusión. Todo ello ha tenido que llegar después de admitir que un régimen como la dictadura franquista no se pudo mantener casi cuatro décadas en el poder sólo merced a una inversión en terror sin parangón. Es decir, la represión fue fundamental pero no exclusiva en la estrategia política que también buscó *convencer* y *atraer* a los españoles.

Capítulo especial en una investigación de este tipo merecen las fuentes y la metodología aplicada. Así como la *oralidad* constituye una herramienta imprescindible para conocer aquellos comportamientos, como hemos puesto de manifiesto en este mismo congreso para la segunda disidencia, la que tendrá lugar a partir de los años

¹ Esta comunicación se inscribe en el marco del proyecto BHA2002-03897 financiado por el MEC sobre sociabilidad y movimientos sociales durante el franquismo.

² M. Ortiz Heras: “Historia social en la dictadura franquista: apoyos sociales y actitudes de los españoles”, en *Spagna Contemporánea*, número 28, (2005). I. Saz y J. A. Gómez Roda (eds.): *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia, Episteme, 1999.

³ F. Sevillano Calero: “Consenso y violencia en el “Nuevo Estado” franquista: historia de las actitudes cotidianas”, en *Historia Social*, 46 (2003), pp. 159-171.

sesenta, en el primer franquismo recurrimos a los estudios de auscultación que algunas instituciones del propio Estado llevaron a cabo para conocer la opinión pública porque el régimen también quería y necesitaba esa información. Somos conscientes de la dificultad en el tratamiento de esta documentación pero estamos convencidos de su potencialidad, máxime si tenemos en cuenta que hablamos de un momento clave para la consolidación del régimen que, hasta ahora, ha merecido pocos estudios en lo que al ámbito universitario se refiere.

No es nuestro propósito indagar en el modelo de universidad que el franquismo quiso imponer. Tampoco vamos a profundizar en las pugnas que se plantearon entre los distintos miembros de la coalición reaccionaria para controlar el mundo de la educación superior. Ni siquiera pretendemos analizar el papel que jugó en la socialización política el Sindicato de Estudiantes Universitarios. Centrados en un momento clave de aquella ominosa década de los cuarenta, superados los peores momentos de la posguerra mundial y disipados los peligros de una posible intervención extranjera, abundamos, a modo de *foto fija*, en un tiempo corto con el que se puede observar el final de una primera etapa universitaria y el principio de otra representada por una generación de estudiantes nueva que no hizo la guerra y que empezó a sentirse incómoda con la situación. No por reacción espontánea se llegará al curso académico por todos comentado de 1955, donde por primera vez se ha querido ver la disidencia contra el franquismo⁴. Los resultados de la auscultación que aquí analizamos dejan ver que la opinión directa de los delegados del SEU y sus informes, que pretenden pulsar la del resto de estudiantes, coinciden en ofrecer una imagen de apatía, desmovilización y frustración general. Y es que hasta aquí se había discutido la existencia de un proyecto de universidad franquista y de una socialización de corte fascista. Lo que se desprende de esta documentación es que se dio un claro y abierto fracaso del falangismo en sus propuestas de movilización estudiantil, igual que ocurrió en el mundo sindical con el

⁴ La disidencia en la universidad ya se había hecho patente con la actividad desplegada por la FUE en 1946 y 1947 que se saldó con la detención de quince miembros de la organización. En ese difícil contexto la represión no dejó de actuar e inocular el miedo en aquellos potenciales *opositores*. S. Manzini: *Rojos y rebeldes. La cultura de la disidencia durante el franquismo*, Barcelona, Anthropos, 1987. C. Castilla del Pino: *Pretérito imperfecto*, Barcelona, Tusquets, 1997, cuenta un incidente vivido por él al final de 1944 en el que murieron dos conserjes “*antiguos falangistas*” que dio lugar a que el delegado nacional del SEU apareciera con uniforme de Falange y botas altas en la Facultad insistiendo en que “*el enemigo seguía dentro de nuestras ciudades*”, p. 404.

verticalismo o en lo político con el propio Movimiento, pero desde luego en ningún momento se puede decir lo mismo del régimen quien no concibió ni la una ni la otra. Se restauró la vieja universidad decimonónica limpiada de influencias institucionistas y se alentó a los jóvenes a acudir a la “academia” en busca de éxito profesional y garantía de perpetuación del orden social, político y económico imperante, pero sin caer en la ideología. Por tanto no parece tener sentido que sigamos hablando de *fracaso* cuando no hubo ni siquiera propósito de una mínima movilización política⁵.

En 1955 un estudio sobre las actitudes sociales de los estudiantes mostraba claramente la disconformidad de una parte de los universitarios con la sociedad en la que vivían. Sobre su base y en paralelo Laín informaba sobre la necesidad de reconducir la desfasada relación entre el régimen y unos estudiantes con nuevos problemas que ya no se reconocían en la inmutabilidad de la herencia ideológica recibida, ni soportaban el “*paternalismo meramente prohibitivo*” de un Estado que entre halagos les coartaba⁶. Después vendrían las algaradas y la pérdida definitiva de la universidad⁷. Pero las señales de alerta sobre la desafección del ambiente universitario eran sin embargo muy anteriores y visibles en una parte de la prensa estudiantil. Los estudios sobre la universidad y los estudiantes durante el franquismo suelen tomar cuerpo hilando en torno a los decisivos acontecimientos protagonizados por los *jaraneros* del ‘56, quedando la ominosa década de los cuarenta reservada a estudios de carácter político, institucional o legal. Sin embargo y como nos demostró Ruiz Carnicer la disidencia, la heterodoxia, el *divorcio* entre el régimen y la juventud universitaria se fraguaron durante la *silenciosa* década de los cuarenta. A lo largo de estas páginas y a partir de

⁵ Es preciso tener también en cuenta otras consecuencias de aquella política como se ha demostrado en el caso italiano, por ejemplo, donde cambió la forma de relacionarse con el poder, se favoreció la tendencia a la aceptación pasiva de la autoridad del Estado y se perfiló una importante sedimentación de actitudes reaccionarias detectables en la cultura y el comportamiento cotidiano de muchos italianos. Véase F. Morente Valero: “*Libro e moschetto*”. *Política educativa y política de juventud en la Italia fascista (1922-1943)*, Barcelona, PPU, 2001. Todo ello, sin embargo, era compatible con el sentimiento extendido entre los propios fascistas de fracaso en la socialización de la juventud en los ideales fascistas porque “*los jóvenes no sólo no habían acudido a la llamada del fascismo para sostener el esfuerzo bélico (...) sino que eran el auténtico caldo de cultivo de un antifascismo rampante y cada vez más visible*”, p. 191.

⁶ R. Mesa (ed.): *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*, Madrid, UCM, 1982, pp. 58-64 y 45-53. F. Sevillano Calero: *Ecos de papel. La opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 178-180.

⁷ Ver P. Ysàs: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Madrid, Crítica, 2004, pp. 1-46.

fuentes directas producidas por el SEU en diferentes distritos universitarios españoles⁸ elaboraremos una aproximación puntual a los problemas y actitudes sociales, políticas, profesionales y sindicales de una nueva generación de estudiantes cuya percepción de la realidad que les rodeaba comenzaba a diferir sustancialmente de la que el régimen les había programado.

1. La Universidad y los estudiantes durante los años cuarenta.

¿Quién dominó la universidad en el *Nuevo Estado*? Es una pregunta que sólo tiene sentido si la contemplamos como un escenario más de la pugna por la influencia política desatada en el seno de la coalición vencedora. La educación superior de posguerra se moldeó a partir de la mixtificación del pensamiento católico y falangista. Independientemente de las ventajas o desventajas que para uno u otro sector se derivaron de la LOU de 1943 el catolicismo acumularía una influencia más real, práctica y de calidad, y por tanto muy superior a la teórica y a posteriori nula o menos efectiva que quedaría en manos del partido⁹. Si bien la ley reconocía la influencia falangista en la educación superior asignándole funciones de control y adoctrinamiento sobre profesores y alumnos, dos sillones en la Junta de Gobierno y en el Consejo Universitario, y rectores con el carné falangista, lo cierto es que su control político quedaría en manos de los católicos, que además conseguían la subordinación de la enseñanza universitaria al dogma y la moral católica y la posibilidad de una futura universidad enteramente católica.

⁸ Este estudio se basa en el “*cuestionario de auscultación*” que la Delegación Nacional de Provincias dirigida por Tomás Romojaro, remitió a principios de 1949 a los responsables provinciales del Sindicato Español Universitario de Barcelona, Madrid, Bilbao, Valencia, Málaga, Santiago, Oviedo, Valladolid, Salamanca, Zaragoza, Murcia, Granada, Sevilla y La Coruña (subrayados las provincias de las que no hemos localizado copia). Su realización y los informes resultantes correrían a cargo de los jefes provinciales del partido, del SEU-FFJJ, y delegados de facultad; todos los informes que se citan llevan fecha de remite comprendida en el primer semestre de 1949. Siguiendo la tónica habitual de aquellos años, la encuesta es totalmente científica y carece de metodología, todo parece indicar que los informes elaborados se cumplimentaron en base a las investigaciones y percepciones de los diferentes responsables del partido. El Delegado Nacional de Provincias no requería un “*mero informe*” sino una “*auscultación*” por lo que no servía que se reflejasen en las conclusiones las opiniones personales de los responsables falangistas, sino la que existiera realmente en el medio universitario. La documentación en Archivo General de la Administración, Secretaría General del Movimiento, Caja. 20.740.

⁹ G. Cámara Villar: *Nacional-catolicismo y Escuela*, Jaén, Hesperia, 1984. C. Rodríguez López: *La universidad de Madrid en el primer franquismo*, Madrid, Dykinson, 2002, pp. 17-36 y M. A. Ruiz Carnicer: *El Sindicato Español Universitario, 1939-1945*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 31-50.

Catolicismo y franquismo se unieron en una especie de simbiosis para configurar su particular proyecto de *religión política*, el *nacionalcatolicismo*¹⁰ en el que el falangismo sólo obtendría una influencia marginal. Si el franquismo terminó dando cabida a las aspiraciones falangistas en la educación superior no sería más que como resultado de la necesidad de satisfacer unas reivindicaciones efectuadas en un momento en el que *lo azul* cotizaba al alza, y de mantener la estructura *corporativa fascistizada* del Estado como fórmula eficaz para erradicar definitivamente las *ideologías disolventes* combatidas durante la guerra.

La Dictadura jamás pretendió crear una *nueva* universidad sino que alimentó a conciencia las profundas raíces que todavía conectaban las prácticas intelectuales y científicas universitarias con un pasado escolástico no tan remoto. Todo ello con dos objetivos claros, acabar con el legado cultural republicano y modelar las conciencias de los españoles en un sentido católico y tradicional y sólo en parte *fascista*¹¹. Regresaba la universidad medieval, teológica y metafísica a la medida de la Iglesia. Un páramo intelectual únicamente válido para la transmisión, reproducción y perpetuación de los planteamientos ideológico-teóricos y los valores propios de las estructuras sociales, políticas y económicas dominantes que sostenían al régimen; en definitiva una universidad dedicada en cuerpo y alma a la *producción y organización* de una determinada hegemonía de clase¹².

La universidad de los cuarenta fue la de los hijos y los hermanos de los vencedores (éstos ya se habían licenciado en virtud de los *exámenes patrióticos*), mayoritariamente de clase alta y media alta, algunas clases medias-bajas (hijos de padres falangistas, funcionarios del Estado o el partido, con becas) y pocas, muy pocas, clases bajas¹³. Ese y no otro era el modelo de universidad que el franquismo había elegido para la sociedad española, elitista por inalcanzable para las clases humildes, y

¹⁰ Véase A. Elorza: “El franquismo, un proyecto de religión política” en VV. AA.: *Fascismo y franquismo cara a cara*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, pp. 69-82.

¹¹ E. Hernández Sandoica: “La dictadura franquista y la Universidad, 1951-1975” en *Cuadernos del I. Antonio de Nebrija*, 5 (2002), p. 129. M. Peset: “La Ley de Ordenación Universitaria de 1943” en J. J. Carreras y M. A. Ruiz Carnicer (eds.): *La universidad española bajo el régimen de Franco*, Zaragoza, I. Fernando el Católico, 1991, pp. 125-158.

¹² E. Nicolás Marín: *Instituciones murcianas en el franquismo, 1939-1962*, Murcia, Ed. Regional, 1982, pp. 149-162.

¹³ Véase J. Álvarez Cobelas: *Envenenados de cuerpo y alma*, Madrid, Siglo XXI, pp. 30-34.

dedicada a la reproducción de las poderosas. Más o menos un tercio de ellos se formaba en Madrid y sólo uno de cada diez se licenciaba cada año porque aproximadamente la mitad del alumnado, por motivos económicos, se matriculaba por la modalidad libre¹⁴. En consonancia con el tipo de sociedad en que se insertaba la universidad y condicionada por el carácter de las “*funciones externas*” asumidas, entre Derecho y Medicina sumaban casi el 60% de todos los estudiantes universitarios, reservándose para el resto de disciplinas (Ciencias, Farmacia, Letras, Políticas y Económicas o Veterinaria) porcentajes bastante modestos, como modesto era el 12% de mujeres matriculadas (la mayoría en Letras y Farmacia)¹⁵.

Con buen criterio se suele apuntar como uno de los principales factores explicativos del origen de la desafección universitaria el fracaso en las tareas de socialización política de la juventud encomendados al SEU a partir de la ley de 1943. El falangismo plantearía el asalto a la educación superior en medio de un sistema educativo que le era francamente desfavorable¹⁶ y de una estructura política compleja y competitiva en la que no dejarán de perder influencia desde 1941. Eso convirtió a Falange y especialmente al SEU, por oposición al resto de los sectores conservadores que disputaban su supremacía, en *reducto de heterodoxos* que reclamaban al Estado mayores cuotas de protagonismo político y el cumplimiento de los postulados ideológicos del partido con la *revolución pendiente* como gran objetivo.

El SEU de los primeros años fue una rama sindical activa que pretendía canalizar la fuerza adquirida durante la guerra para desempeñar un papel destacado en el proceso de adaptación del régimen a los postulados de la *revolución* y controlar la universidad desde el profesorado a la masa estudiantil. Las veleidades revolucionarias

¹⁴ La universidad española de los cuarenta se movió siempre en cifras bastante modestas. En 1940 se matricularon 35.555 estudiantes y al final de la década sólo eran 51.635; en 1968 sólo el 5% de los jóvenes españoles entre 17 y 25 años estudiaba en la universidad, el 13,5% de ellos de origen proletario, E. Hernández Sandoica: “La dictadura franquista”, *op. cit.* p. 138. Una universidad “*de provincias*” y “*literaria*” como la murciana con poco más de mil matriculados tenía en 1940 al 80% de sus estudiantes matriculados por libre y en 1960 al 40%; entre 1946 y 1956 se le asignaron 153 becas (59 medias), E. Nicolás: “La universidad en los años cuarenta: por una cultura unitaria y tradicional” en J. J. Carreras y M. A. Ruiz (eds.): *La universidad española, op. cit.* pp. 341-370.

¹⁵ Para una comparación con el modelo italiano L. Casali: “Alcune considerazioni sull’università in Italia negli anni del fascismo” en *Cuadernos del I. Antonio de Nebrija*, 5 (2002), pp. 157-190.

¹⁶ Sin apenas influencia real sobre la primaria, la secundaria, el Consejo Nacional de Educación (máximo organismo para la provisión de cátedras y profesorado), el CSIC (feudo del *Opus*), y el propio Ministerio de Educación.

sostenidas por los sectores más concienciados y politizados en los valores del falangismo de preguerra no tardarán en ser abandonadas producto de la “*adaptación conservadora*” y el “*entreguismo*” del que hicieron gala amplios sectores del sindicato que apostaban por un aparato genuinamente *franquista* en vez de *nacionalsindicalista*. De esta manera el tránsito del SEU por los años de la guerra mundial no fue más que la crónica de su subordinación al Estado franquista, del “*repliegue interno de Falange y SEU dentro del Estado*”, especialmente visible a la caída de los fascismos. Fue la historia de un desengaño y una frustración ante un Estado poco o nada dispuesto a asumir alguno de los modelos de sociedad, de partido o sindicato originales.

2. *Los límites de la heterodoxia estudiantil. La auscultación de 1949.*

“¿Tienen los estudiantes universitarios interés en las cuestiones políticas?” Disponemos de respuestas e informes procedentes de ocho distritos universitarios, decenas de respuestas individuales correspondientes a facultades o escuelas, así como diferentes impresiones de jerarquías falangistas. Todos ellos coinciden al señalar que “el universitario actual se caracteriza por su indiferencia ante las cuestiones de orden político, económico y social de la Patria”¹⁷. Nadie salvo el reducido grupo que trabaja cerca del SEU y que algunos se atrevieron a fijar en torno al 10% del alumnado¹⁸, albergaba o demostraba la más mínima inquietud hacia cuestiones políticas. Los alumnos no eran ni afectos ni desafectos, ni amigos ni enemigos de nada ni de nadie, carecían por completo de “conciencia colectiva determinada”¹⁹ eran simples “masas neutras”²⁰ incapaces de generar la más mínima polémica sobre nada que no fuesen los campeonatos de liga y copa, que era lo único que seguían con avidez en una prensa

¹⁷ Santiago de Compostela, Jefe del FFJJ del Distrito.

¹⁸ Filosofía y Letras de Madrid. Informe Delegado SEU.

¹⁹ Informe Jefe Provincial FET Murcia.

²⁰ Jefe Prov. FET Salamanca. Señalaba Salas Pombo que lo único que hacía *vibrar* de manera espontánea y automática a los estudiantes salmantinos era la aparición en el *Nodo* del ministro Ibáñez Martín, al que saludaban con unánime pataleo.

calificada de “mero agregado de telegramas”²¹ incapaz de despertar ningún atractivo por la discusión o el estudio de la realidad política²².

Algunos de los informes consultados intentaron identificar las causas de tanta apatía y frialdad. El jefe del FFJJ del distrito universitario de Santiago apuntaba tres: 1) Que los estudiantes universitarios pertenecían a familias “dedicadas a negocios” y sólo deseaban una “rápida solución” a su estancia universitaria para establecerse por su cuenta y vivir holgadamente; 2) El incumplimiento sistemático (“burla”) del artículo cuatro de la LOU que rezaba “La Universidad Española (...) ajustará sus enseñanzas y sus tareas educativas a los puntos programáticos del Movimiento” por lo que denuncia la “falta total” de preparación política del universitario y exige el “cumplimiento estricto” de la ley; 3) Los efectos disuasorios e intimidatorios provocados por el control realizado “sobre todos y cada uno de los estudiantes” y “los procedimientos puestos en práctica tan pronto ha surgido algún cabecilla” ajeno a la ideología del partido²³. El responsable de la Facultad de Derecho prefería cargar las tintas contra los estudiantes a quienes sólo conmovía lo que tuviera que ver con su “específica individualidad”. Los tiempos de crispación política habían pasado dejando tras de sí no poco “cansancio” y ahora la juventud universitaria volvía a campar “por los derroteros de la vida burguesa”.

El responsable del SEU de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, después de señalar el impedimento que para una correcta socialización de su alumnado representaba un 75% de mujeres matriculadas, nos ofrece una de las más descarnadas descripciones de la “desilusión y el desaliento” que se había ido apoderando de los estudiantes producto del incumplimiento masivo de las grandes promesas joseantonianas asumidas por el régimen y que en su opinión habían terminado por agotarlos políticamente. Su diatriba parte negando la mayor, España no estaba unida, ni era grande, ni era libre. No vivían en un país unido al considerar que España estaba

²¹ Jefe SEU Facultad Derecho. Distrito de Santiago.

²² Esa primera pregunta se completaba con otras dos “¿Se refiere este interés a las cuestiones internacionales, a las internas o a entrambas conjuntamente?” y “¿Ese interés, en caso de existir, se manifiesta en forma permanente o tan sólo esporádicamente, en momentos de mayor tensión?”. Las respuestas indican que sólo la minoría falangista era capaz de desarrollar alguna preocupación permanente por la política (Jefe SEU Derecho Madrid).

²³ También se consideraba causa importante del retraining estudiantil la “confusa” situación política del régimen. Los estudiantes a la altura de 1949 todavía no parecían tener clara la evolución y la forma que finalmente podría terminar adoptando el régimen en relación a los “regímenes imperantes” en el contexto internacional.

dividida en “castas sociales” y los españoles separados por el abismo existente entre el lujo y la miseria. Sin una clase media consistente y con un Estado que cerraba los ojos ante la pobreza el camino hacia la penetración de doctrinas políticas disolventes y la lucha de clases, decían, quedaba expedito²⁴. La grandeza de España también quedaba en entredicho por carecer el Estado de proyecto político autónomo, claro e independiente. El estudiante “sólo sabe servir a líneas claras de política. Necesita que se le hable claro” y hasta el momento el régimen sólo había sabido regirse por las normas del “realismo y el oportunismo político” imponiéndoles “el orden por el orden” que advierten, “no será nunca un ideal de juventud”. Para el delegado del SEU “España no es grande” porque no ha sido independiente en su política exterior ni aun en la interior, “España baila al son que le tocan desde fuera”. Sólo podían serlo los países fuertes, y España “tiene una economía deshecha. Nuestro dinero vale cada día menos. La miseria aumenta”. Por lo tanto los estudiantes de Letras no percibían en la gestión del Gobierno más que una continua “disminución de España”. En la prensa extranjera descubrían los niveles de vida en Francia, Alemania, o Inglaterra, países “que según la prensa nacional” estaban completamente arruinados tras la guerra, sin embargo “hoy su ritmo vital es extraordinariamente más normal que el de España. Pese a huelgas y luchas de partido” mientras que España es un país “cada día más pobre y más hambriento”²⁵ con un modelo de industrialización que “sólo ha sido un magnífico negocio para unos cuantos señores que han pasado por el Ministerio de Industria y para los Bancos”. Consideraban también que vivían en un país donde “la justicia ha dejado de existir”. Las autoridades se cohibían inexplicablemente a la hora de aclarar los escándalos relacionados con la política de abastecimientos²⁶, mientras que en la universidad el Estado toleraba “que determinada organización religiosa –el Opus Dei- monopolice totalmente las plazas que

²⁴ Recordaban lo poco que se había hecho para cohesionar las regiones españolas, y ponía el ejemplo catalán como paradigma de “*abandono por parte de los poderes públicos*” y de la dureza empleada en el castigo de los “*delitos derivados del 18 de julio*” que en nada beneficiaban a la unidad nacional.

²⁵ Para los estudiantes murcianos de Derecho, transcurridos 10 años, España estaba tan mal o peor que en 1939.

²⁶ Las críticas hacia la corrupción de la administración y contra la política económica intervencionista del Gobierno son constantes.

se sacan a ejercicio” o que el CSIC concediese sus becas “según se pertenezca o no a determinados tipos de católicos”²⁷.

Por todo ello el estudiante había dejado de creer en un partido cuya fuerza y empuje iniciales había terminado ahogada en “una organización burocrática aplastante” donde eran imprescindibles los “timbres móviles y las instancias” y cuyos sindicatos, anquilosados, estaban muy lejos de poseer un “auténtico espíritu revolucionario”, y por ello vivían apartados. Algunos, los más fervorosos, habían manifestado hasta la “indisciplina” su descontento con el “retraso en las rutas revolucionarias del Nacional-Sindicalismo” y con unas autoridades universitarias que frecuentemente apoyaban opciones diferentes al falangismo²⁸. La solución para superar tantos “desengaños experimentados”²⁹, y en eso el delegado madrileño del SEU en Letras decía encontrar unanimidad fuera y dentro del sindicato, pasaba por la “renovación total” del “aparato gubernamental” a partir de las “teorías de José Antonio”.

No son estos ejemplos casos aislados sacados de contexto. La sensación de fracaso y desorientación política era abrumadora en todos los distritos. El falangismo no resultaba creíble para casi nadie y sentían cargar injustamente con las culpas de todo lo que sucedía en España sin haber conseguido jamás llegar a dirigirla o a inspirar su política, sin que sus esfuerzos por convencer de ello a los estudiantes fuesen escuchados.

Otros, más comedidos, pero igualmente críticos con el régimen, preferían analizar el grueso de los males falangistas en la universidad desde la perspectiva de la imposición por ley y contra la opinión del partido de la sindicación obligatoria que “ha matado a aquel SEU “sal, gracia y levadura de la Falange”, quitándole toda temperatura política para convertirlo en un simple instrumento de fría asistencia social, que por lo general no se agradece, y en una gigantesca ficción que con un supuesto encuadramiento en bloque de los estudiantes, solamente sirve para hacer más impopular

²⁷ Criticaba también el Delegado del SEU en Filosofía y Letras de Madrid la ausencia de un proyecto de reforma agraria, el extraordinario negocio en manos de las compañías de seguros como consecuencia de la creación del Seguro de Enfermedad o que algunos barcos argentinos cargados de trigo terminasen misteriosamente por cambiar de ruta.

²⁸ Informe Jefe Prov. Madrid, Carlos Ruiz. El Jefe Prov. SEU de Valladolid llegaba a hablar de “*cisma*” en el seno de la Falange provocado por la Guardia de Franco.

²⁹ Informe Delegado SEU Telecomunicaciones Madrid.

y antipático el Movimiento al exigir como requisito previo para la matrícula el abono de unas cuotas³⁰.

Desde la España insular la percepción del fracaso político universitario combinaba el sentimiento de íntima contradicción entre lo que “deseamos y pedimos” y una realidad que “dista mucho de ser la que predicara la doctrina falangista” con otro más antiguo y arraigado que nos remite a un malestar latente y secular en la isla sobre su supuesta marginación con respecto a la península. Para el Jefe provincial de la FET tinerfeña el gran problema de aquella universidad residía en sus deficientes instalaciones, las pocas facultades con que contaba, y el escaso plantel de catedráticos por oposición que impedían a la institución realizar verdaderas funciones de orientación o constituirse en un referente cultural y político. Por tanto, buena parte del malestar entre los estudiantes, y en general de la población, procedía de tener una universidad incompleta que cercenaba no pocas “vocaciones estudiantas” por la escasez y lo reducido de las becas y la lejanía de la península.

Continuaba el cuestionario de auscultación preguntando “¿En qué grupos o direcciones políticas se pueden concretar los individuos que se interesan por estas cuestiones [políticas]” y “¿Fuera del grupo que trabaja unido al Sindicato, qué actividades desarrollan los demás?”. Suele afirmarse que la universidad española de los años cuarenta discurrió por los cauces de la más absoluta tranquilidad política, sin alteraciones relevantes del orden y sin que la oposición al régimen lograra reorganizarse formalmente. El SEU cumplió en este sentido perfectamente con su cometido de gendarme de la universidad. Sin embargo y según se desprende de la fuente consultada, el ambiente universitario de los cuarenta estuvo plagado de brotes muy minoritarios de disenso generalmente pasivo, así como de actividades fundamentalmente de propaganda y captación protagonizadas por grupos cuya especificidad política o confesional estaba reconocida por el régimen, que preocuparon y mucho al falangismo que consideraba su mera existencia como producto de su debilidad y su incapacidad para copar todo el espacio político disponible.

³⁰ Informe Jefe Prov. FET Salamanca, Salas Pombo recordaba la oposición del partido a la sindicación obligatoria desde 1939. Una vez impuesta sólo quedaba acatarla y responsabilizarse aunque reconocía no haber encontrado la fórmula para combinar encuadramiento con objetivos formativos.

En el distrito de Santiago de Compostela la tranquilidad, decían, era el denominador común. Sin embargo reconocían que el sindicato había tenido que actuar cinco o seis veces contra “actividades extrañas”, dos veces contra la FUE y el resto contra carlistas y juanistas. Una tranquilidad que podría terminarse ante la incapacidad del SEU para ocupar todo el espacio universitario. Reconocía que “instituciones de otros signos” crecían por todas partes aprovechando los espacios vacíos que brindaba el sindicato, con el evidente riesgo de que en el futuro fueran ocupados por otras tendencias menos adictas y comenzar así a presentarse en Santiago problemas “que se han desarrollado en otras Universidades” tales como “huelgas llamadas de tipo profesional (...) que en fondo y a mi juicio tenían siempre un fondo político contrario al SEU”. Como ejemplo ponía el caso del colegio mayor universitario, que por estar fuera del control del partido, había generado una “célula de tipo comunista y gran número de desafectos”³¹. En la Facultad de Medicina su responsable sindical, aunque escasamente preocupado por su debilidad numérica y el tenue calado de sus actividades, señalaba la presencia de grupos minoritarios de republicanos, monárquicos y comunistas (“dos o tres anormales”). Por su parte el responsable de la Facultad de Ciencias se mostraba profundamente preocupado por el futuro político de los estudiantes más jóvenes, carentes de “poso político”, desconocedores de los desastres a los que condujo la experiencia republicana e incapaces de darse cuenta de la “época próspera actual”, por todo ello los consideraba presa fácil de los comentarios de padres y familiares “egoístas y siempre quejosos, que hablan por el estómago”. En la facultad de Derecho se admitía la existencia de dos minorías políticas, la falangista y la calificada genéricamente de “comunista”, no porque lo fuera realmente, sino por conseguir aglutinar a todos los “descontentos con el estado de cosas actual”. La única baza de la falange consistiría en unir fuerzas frente al enemigo común con la Acción Católica, los Luises y el Opus Dei, al que se consideraba como tercer gran sector en el seno de la facultad, con una “activísima labor” en lo religioso y lo profesional³².

³¹ Informe del Jefe del FFJJ del Distrito, Enrique Devesa.

³² Ese sector “*comunista*” era también identificado en la Facultad de Filosofía y Letras, aunque allí su responsable los calificaba de “*anglófilos*” y los dividía entre “*callados esperanzadores del comunismo y bullangueros demócratas*”.

Hablar de la Universidad de Madrid supone adentrarnos en una dimensión diferente al resto por su tamaño, porque albergaba a un tercio de todos los estudiantes universitarios o porque allí todo alcanza mayores dimensiones, pero fundamentalmente porque estaba sometida a una vigilancia especial por parte del SEU y la policía. A pesar de lo cual allí también conseguirían brotar todo tipo de grupúsculos minoritarios alternativos al falangismo oficial, con poca actividad pero aprovechando cualquier espacio para maniobrar tímidamente y sin hacerse notar, lo que en el argot se conocía como crítica negativa. En Derecho la minoría politizada, además de la falangista, se dividía en monárquicos juanistas, tradicionalistas (con ramas falcondistas y carlo-octavistas) e izquierdistas. Los más activos fueron los juanistas a quienes se atribuía una “grandísima actividad llegando en más de un caso a la acción violenta”. En Medicina se hablaba de la presencia de izquierdistas formados por elementos de la FUE, de separatistas e incluso de republicanos de izquierda. En Políticas el pequeño grupo de juanistas que albergaba había conseguido aglutinar a todos aquellos con algún deseo de oponerse al régimen, sabedores de que ese era un entorno seguro y con pocos riesgos. Esquemas similares se reproducían en las facultades de Ciencias, Bellas Artes y en las escuelas de Náutica, Comercio y Peritos Agrícolas, quedando el resto reducidas a expresiones individuales de crítica. No sería el caso de la Facultad de Veterinaria que albergaba un “núcleo bastante numeroso de ideología marxista” frente a otro más reducido de falangistas³³.

El delegado del FFJJ para el distrito universitario de Barcelona, se jactaba en su informe general al Jefe provincial de que “el separatismo tiene muy poco arraigo” entre la población universitaria, no encontrando otro motivo de preocupación política que las ostensibles y manifiestas maniobras de captación que realizaba el Opus Dei. Molestas resultaban las pequeñas actividades de la Acción Católica y las Congregaciones Marianas que, sin dudar de sus fines espirituales, encubrían cierto “matiz catalanista”. Y por lo demás, mucho conservador tradicional salpicado de catalanistas, católicos y algún monárquico en Medicina y Filosofía y Letras e “indiferencia total” en Ciencias y Farmacia. Solo Derecho parece escapar de la atonía con un grupo calificado de

³³ Eran menos que los militantes de Acción Católica que además, con la “*mayor corrección*”, se negaban abiertamente a colaborar con el SEU.

separatista pero cuya labor es inexplicablemente calificada de “constructiva” por el delegado del SEU que informa.

Para Salas Pombo, Jefe provincial del Movimiento en Salamanca, no era la minoría de estudiantes vascos hostiles al régimen lo que le preocupaba, ni la de estudiantes catalanes que anualmente celebraban actos en honor a la “patrona de Cataluña”, ni siquiera los comentarios hostiles vertidos contra el régimen por parte de los hijos de represaliados, condenados o exiliados. Lo que le preocupaba eran los “herederos del profesionalismo confesional”. No había problemas, prevalecía el respeto mutuo, pero el jefe provincial no entendía por qué tenían que existir ese tipo de asociaciones confesionales, “solamente visiones cicateras o intenciones torcidas pueden justificar dentro del ambiente de la España actual la existencia del profesionalismo confesional (...) solamente el error más cerril o la mala fe menos admisible, pueden justificar la creación de grupos que bajo la confesionalidad tengan un sentido profesional”. En realidad el problema se reducía, otra vez, a la debilidad del SEU, que contemplaba con resignación como los Luises salmantinos dirigidos por jesuitas habían conseguido reunir a la “mejor parte de los estudiantes universitarios de Salamanca, proporcionándoles quehaceres sugestivos a través de una importante obra social y catequística sobre los suburbios”.

En Valencia existían dos grandes sectores que despertaban la preocupación falangista. De un lado la democracia cristiana inspirada por las encíclicas papales en lo social y por la doctrina de la CEDA en lo económico. Y del otro y fundamentalmente el incremento de los sectores monárquicos que como en otros lugares estaban consiguiendo aglutinar a muchos desencantados con la política gubernamental procedentes tanto de la izquierda como de sectores conservadores³⁴. La preocupación falangista se derivaba del reconocimiento de su debilidad en el ambiente universitario y su incapacidad para capitalizar ese descontento³⁵.

³⁴ Los primeros, “*totalmente desafectos*” porque pensaban que con la restauración de la monarquía se les abrirían “*mayores posibilidades de acción*”, los segundos por considerar que un cambio de régimen llevaría aparejado un cambio en la política económica y social que juzgaban beneficioso a sus intereses.

³⁵ Para combatir el fortalecimiento monárquico proponían la realización de una intensa labor de propaganda que pusiera en duda los contenidos doctrinales de la monarquía y sus escasas posibilidades de solucionar ninguno de los problemas del país.

En otras universidades resulta más complicada la identificación de grupos ajenos al falangismo o que despertasen alguna preocupación. Por ejemplo en La Laguna se afirmaba categóricamente: “No hay grupo unido al Sindicato, ni grupo unido a nada. No hay crítica negativa sistemática al Régimen ni al Sindicato. Sólo hay una indiferencia y atonía general a todos los menudos detalles de la política interna actual”³⁶. En Valladolid “la inmensa mayoría de los estudiantes no pertenecen positivamente a ningún grupo pero quedan a merced de los que sepan utilizarles” y no parece que fuera el caso ni de la minoría falangista ni de otras igualmente poco activas. En Murcia sólo los católicos consolidados en torno al Colegio Mayor Cardenal Belluga despertaban alguna preocupación por haber conseguido poner en la calle hasta dos publicaciones periódicas y por su rivalidad con los residentes en el Hogar del SEU.

Descartada la política ¿cuál era entonces “la mayor preocupación universitaria” en 1949? Pocos apartados de la auscultación pueden resumirse con tan pocas palabras: terminar la carrera lo más rápidamente y con el menor esfuerzo posible y trabajar para vivir lo más holgadamente posible (“colocarse”, “conseguir una plaza”). Durante los primeros cursos algunos desarrollaban preocupaciones en el orden docente y relacionadas con “la benignidad o dureza del catedrático, la carestía de matrículas y textos, el abuso de apuntes mal tomados en clase y peor digeridos en el estudio, las reiteradas ausencias de los profesores, la explicación parcial de los programas, las marchas forzadas de última hora y el rigor de las pruebas finales”³⁷. Pero llegados a la recta final de sus estudios “la salida de la carrera” y un porvenir “que se les ofrece cada vez más incierto y preñado de dificultades”³⁸ se convertían en la principal preocupación del estudiante. Hasta ese momento y producto de la depuración profesional y los efectos de la guerra, el mercado laboral, fundamentalmente a través de la Administración del Estado, municipios, diputaciones y organismos públicos, había conseguido absorber sin dificultades a la mayor parte de los licenciados universitarios. Una coyuntura favorable que por saturación había quedado prácticamente agotada al final de la década sin que la iniciativa privada pudiera ofrecer alternativas viables. Comenzaban por tanto a

³⁶ Delegado SEU Facultad Filosofía y Letras, si bien en Ciencias se reconocía la existencia de dos pequeñas corrientes de pensamiento “socialista” y “demócrata”.

³⁷ Informe del Jefe Prov. FET Murcia.

³⁸ Informe del Jefe Prov. FET Salamanca.

percibirse en 1949 evidentes riesgos de proletarización de la elite cultural e intelectual del país, fenómeno que con el tiempo constituiría una barrera de separación entre las primeras promociones de universitarios y las posteriores así como un importante foco de descontento generacional que acabaría canalizándose y convirtiéndose en protesta a través del movimiento estudiantil. Ya en 1949 los alumnos de Derecho murcianos hablaban de “inflación universitaria” sin haber superado los 2.000 estudiantes y desde Valencia, para evitar la competencia profesional “por la excesiva afluencia de alumnos”, se proponían medidas tales como la limitación de plazas y el endurecimiento de los exámenes de ingreso y los propios de la licenciatura, para “realizar una criba (...) lo más perfecta posible”.

Hemos comprobado que la universidad de los cuarenta era menos anodina de lo imaginado. La minoría falangista clamaba desde el fracaso para que el régimen le devolviese su revolución secuestrada; en los estudiantes campaba la apatía, la desilusión y el escepticismo, nada encontraban atractivo ni auténtico en aquel régimen de miseria, tampoco fuera de él. Ni unos ni otros lograrían concretar su descontento y traducirlo en protesta. Faltaban todos los ingredientes para que se produjese la combinación de oportunidades políticas y estructuras de movilización que diera origen a la misma -inexistencia de fisuras visibles entre las elites, debilidad de los grupos de oposición, ausencia de un corpus reivindicativo aceptable para la colectividad y de una sensación de agravio colectivo que generasen identidad, y la creencia general de que la protesta no contribuiría a mejorar la situación-. Esta es todavía la universidad de los hijos de la victoria, que puede permitirse todavía vivir de las rentas de su inversión inicial en terror. Lo que parece claro es que movilizaciones posteriores encontraron soporte entre los miembros desencantados del falangismo –que, al margen de su frustración, ponen el dedo en la llaga al señalar buena parte de los problemas que aquejaban al país- y un vasto campo de acción entre una masa estudiantil despolitizada pero cada vez con mayores inquietudes, a merced de quien supiera canalizarlas.